

ANTICIPADA CRONICA DE UNA MUERTE ANTICIPADA

por Angel Rama

Gabriel García Márquez declaró varias veces que no publicaría nuevas obras literarias mientras no cayera Pinochet. Pero nunca dijo que no las escribiría. Y ahora que he leído el manuscrito de ~~la~~ novela que ha estado escribiendo en estos años, Crónica de una muerte anticipada, es forzoso decir y decirle que la suya era una posición equivocada, dictada por su generosidad combatiente. Que tiene que publicarla para que caiga Pinochet, porque lo que alguna vez acabará con éste y los demás dictadores torpes que ensucian nuestras vidas, es la lucha incesante de nuestros pueblos y ella se hace de mil modos, con los movimientos de masas, las insurrecciones, las armas si es necesario; los artículos flamígeros, las denuncias, y también, también con la creación del arte, con la hermosura que no cesa, con la riqueza de nuestra cultura. Nunca me cansaré de repetir que lo que legitima nuestra demanda de justicia, lo que respalda nuestra terca codicia de la utopía, es nuestra capacidad para inventar y producir, es nuestra energía y nuestro ~~coraje~~ ^{coraje} que no es exclusiva propiedad de los que hoy vivimos sino una continuidad histórica que asegura el radiante valor de América Latina. No tendríamos derecho a reclamar el reino de la justicia si no pudiéramos dar testimonio concreto, con la obra de nuestros padres y abuelos, con la nuestra, de que estamos a la altura de las exigencias que exponemos y por las que combatimos. Y esa obra es plural, como los seres humanos, que luchan y aman y se divierten y odian y estallan y piensan y se llenan de ternura y juegan como niños y reflexionan como ancianos. Nada que deteste más que ese mísero concepto de prioridades con que aun los seres más generosos terminan recortando al hombre y embretándolo. ~~¿Por qué?~~ Claro que queremos todo, ^{si,} porque nos sentimos capaces de todo. Y la literatura y el arte, aun aquellas más desasidas de las contingencias, también son necesario alimento. Alguna vez dijo Pedro Sali-

nas un verso que comparto: Te quiero, porque no eres el pan nuestro de cada día.

García Márquez es también muchas cosas pero se equivocaría de medio a medio si restringiera aquellas que son las virtudes que más aprecian sus prójimos. Se ha puesto ardientemente a luchador y eso es bueno; se ha puesto activamente a político y eso no siempre ha sido bueno. En una América donde los políticos se han desprestigiado tanto, se ha concluido por sacralizar a los escritores como héroes, cuando no como expertos políticos. Por comprensible que sea la situación, es necesario decir que los escritores no son obligadamente buenos políticos y que frecuentemente son incluso ~~malos~~ perniciosos políticos, aprovechando ilegítimamente de la admiración justa que motivan sus obras para trasladarla a sus actuaciones en el ágora. Ya tengo edad suficientemente como para no ser tolerante con estos "deslizamientos". Pero también la tengo para saber cuánto necesitamos de la obra de los artistas, cuánto nos enriquece, cómo nos permite vivir, cuántas cosas nuevas vemos gracias a su percepción original del mundo. Pues mientras los políticos solo se dirigen al zoon politikon, los artistas se dirigen al hombre total, a ese que goza sabrosamente y tiene pánicos y de pronto abre la navaja y se lleva al mundo por delante y ^{luego} se abraza a las rodillas de su madre, pidiendo amparo. Ese es mi prójimo, ese soy yo, ese es García Márquez que, además, sabe decirlo, porque es un artista cabal.

Confieso mi inquietud cuando recibí el manuscrito de la nueva novela. El autor había estado por paisajes extraños, había retornado al esmerado periodista que siempre fue, había merodeado las instancias de poder que lo fascinan como a un chico, había asumido disciplinadamente la militancia que, por buena que sea, comporta siempre una visión gregaria. ¿Acaso en todas esas expediciones no se había alejado demasiado de lo que antaño llamábamos el alma? ¿No se había extrañado a sí mismo? Y cuando empecé a leerlo, repentinamente volví a tomar contacto con lo que para mí es más auténtico y persuasivo de su arte: su entrañamiento en la fascinante y absurda aventura de los hombres, esa concentración admirada y aterrada en los destinos ingobernables,

fatales y maravillosos.

Lo sorprendente, en contraste con el estruendo de la actividad pública en la línea del frente, es ~~su~~^{su} capacidad para retornar a la intimidad de la literatura. Ponerse a contar un sucinto episodio de amor y muerte transcurrido en un pueblecito del litoral caribeño de Colombia entre personajes comunes, persiguiendo con la escrupulosidad de un cronista vecinal sus meandros, esguinces, señales, agujeros, trazándolos delicadamente como un encaje. Recordé súbitamente el Rafael Alberti salido de la guerra civil española y su primer libro de exiliado recordando la intimidad de las palabras:

Después de este desorden impuesto, de esta prisa,
de esta urgente gramática necesaria en que vivo,
vuelva a mí toda virgen la palabra precisa,
virgen el verbo exacto con el justo adjetivo.

Así, como le ocurriera a Alberti, es un reencuentro de García Márquez con la literatura y en especial con su propia historia literaria, como si el temporal que se ha vivido reclamara un repentino claro en el cielo, limpio, preciso, riguroso. No es la primera vez que le ha ocurrido, porque ya al temporal que fue la violencia colombiana supo contestar con un texto impecable, para mí su mejor obra, El coronel no tiene quien le escriba, todo él escrito dentro de un silencio que se vuelve insondable.

La evocación no es ociosa porque esta Crónica de una muerte anticipada responde dialécticamente a los Cien años de soledad del mismo modo que lo hiciera El coronel en su tiempo a su propia producción narrativa anterior. Es El coronel de los Cien años de soledad, corroborando el peculiar proceso creativo de la narrativa de García Márquez que opera mediante internas oposiciones que se resuelven en síntesis ~~concretas~~ con las cuales cancelar el conflicto, resolviéndolo en una instancia superior. Aquí, al ser absorbida la gran novela (tanto Cien años como El otoño del patriarca) por el modelo reducido que propone un relato de no más de 150 páginas, se conquista la concentración, el nervio, la tensión estilística que regía a El coronel, aunque dentro de la escritura artística, de los recursos literarios

y de la cosmovisión que proponían los Cien años de soledad. García Márquez siempre ha diseñado sus obras dentro de marcos implícitos ~~de~~ amplios que sirven para que ellas alcancen su pleno sentido, pues tales marcos son los conductores de la significación: al marco espiritual y casi metafísico de La hojarasca y los primeros cuentos, respondió el marco social de El coronel. Ahora al marco político de El otoño responde uno más amplio y grave en que el autor inquiere en el discurrir de las vidas humanas, en ~~la~~ pugnacidad apretada de hombre y destino, en la imprevista emergencia de la muerte dentro del deseo y la fiesta. Es un orbe más vasto que el que traza la política o la lucha social, pero ya no es un orbe metafísico, sino una serena contemplación de la complejidad de la aventura humana vista desde la perspectiva agnóstica. Es una visión adulta y grave: no en balde el autor ha cruzado los cincuenta años.

Pero si el marco implícito es el que confiere sentido, en cambio lo que ocupa el primer plano y llena todo el espacio literario es siempre en García Márquez el goce de la peripecia, porque él es primariamente un narrador de historias, es el que cuenta en las ferias y a los amigos, el que recoge anécdotas por doquier y las conserva en la memoria esperando que en algún momento ellas alcancen su propia significación, es el que se deslumbra con las articulaciones narrativas porque es en ellas donde inquiere el secreto de la acción pues son los vínculos, cuanto más estrafalarios más "dicentes", los que le revelan una verdad que no encontraría en las situaciones estáticas o en las criaturas inmóviles. En ese hervor de la peripecia que puebla sus libros desde los Cien años, lo que acecha son los encuentros y los desencuentros. Hofmannsthal decía que son tan sutiles como la estela que deja un pájaro al volar.

El asunto de la Crónica de una muerte anticipada tiene esa irregularidad e imprevisibilidad que fascinan en los "fait divers" de la vida real, esos encuentros y desencuentros que no entran en la lógica ni en las normas legales. Todo ello visto con tal pasión participante que se diría estamos ante una historia italiana de las que hacían las delicias de Stendhal, cuando percibía las pasiones desencadenadas, el fuego del deseo,

el tremolar del honor, el furor de la venganza, el amor rencoroso. Asuntos todos de la vida real y del melodrama, hoy sobreabundante cuota de la crónica policial y el folletín desatado, ayer sabrosa materia prima de los "novelieri".

Podría haberse titulado, como un "marivaudage", El juego del amor y del azar, siempre y cuando se entendiera que el juego es una tragedia, que el amor es la fuerza arrasadora del deseo, que el azar es el fatum donde el destino se superpone a la voluntad del hombre. El aire de fiesta que recorre la novela, esa infinita noche de bodas en que se come y se fornicaba bajo el sempiterno ardor tropical, sirve románticamente para contrastar el avance pausado e implacable de la tragedia y ésta es publicitada sin cesar, es "anticipada", como dice el título de la obra, por los habitantes todos del pueblo, e insidiosamente sigue su camino, progresa lentamente, se vuelve inevitable, y en un golpe magistral es acelerada por ~~algunos~~ quienes buscan impedirle.

El "maravilloso" bretoniano que Carpentier trató de pesquisar en la realidad americana y que García Márquez ilustró tan cabalmente por haberlo situado en la espuma del humorismo que, como explicara Freud, liberaba la represión autorizándola a expresarse, retorna en la Crónica de una muerte anticipada a la realidad misma, al juego de sus imprevistas articulaciones. La escritura hiperbólica de los Cien años ya no tiene necesidad de diltenderse en perspectivas fantásticas, porque es la imbricación de los sucesos la que por sí sola abastece la fantasía. Como dice el título, se trata de una crónica y, más exactamente, una investigación que emprende personalmente García Márquez como escritor-periodista, para rescatar un episodio transcurrido hace muchos años y alcanzar la comprensión de cómo se entretajieron los hechos. Estos últimos son de sobra conocidos y perfectamente expuestos: lo que se investiga es la manera en que se vincularon entre sí, cómo se fueron articulando, porque en este proceso es donde puede detectarse el imperio del fatum. El único episodio fantástico de la novela es justamente el menos convincente, pues altera caprichosamente las leyes que la rigen y que dicen que el "maravilloso" está en el tejido de la realidad misma, en las lanzaderas con que Goethe veía construirse el universo respondiendo a la impulsión de los demiurgos.

Sí, es cierto, en el principio está la acción, así dijeron los narradores que no por azar irrumpieron imperiosamente en los siglos de la modernidad; pero no bien aceptada la lectura fáustica del Génesis, de inmediato se volvió a preguntar sobre el significado de la acción. Ella, que es una articulación dinámica de elementos contrastados, ¿qué significa? Y además, ¿hasta dónde somos sus voluntarios agentes y hasta dónde somos pacientes involuntarios de acciones que se tramán por encima y por debajo de nuestra conciencia? Los ~~hombres~~ del XX, los herederos de Marx y Nietzsche y Freud, en vez de buscarlos en el cielo esos componentes no conscientes de la acción, los buscaron en sistemas operativos de la economía, de la sociedad, de la lengua, del psiquismo profundo: esas interpretaciones son nuestras mitologías y por persuasivas que nos parezcan, hay ~~siempre~~ algo irreductible a sus esquemas que aparece siempre que enfrentamos los casos concretos que tienen que ver con el objetivo de la vida, con la finalidad que procuramos. En su precioso libro El legado de este tiempo, Ernst Bloch llegó a decir: "la interrogación sobre la finalidad y sobre la destinación todavía arderá en la sociedad sin clases e incluso será una interrogación más poderosa y más inexorable que hoy día, en la medida en que una gran parte de la burguesía ha castrado esta pregunta por evidentes razones de clase".

Esas preguntas resplandecen en la breve y tensa novela de García Márquez. Son formuladas pero, desde luego, no son contestadas y son remitidas al lector. Como en la tragedia griega, se trata de la muerte del inocente, este escándalo de la razón y este erizamiento de la piedad ante las situaciones límites e incomprensibles, hoy y mañana y siempre. Volviendo a Bloch digamos que "cuánto más justa sea nuestra vida cotidiana, más sombría será la muerte que se abate sobre la vida y empalidece sus finalidades, más digno de meditación será el espacio en el cual se levanta la vida humana". De eso trata esta novela ardiente y eso es suficiente justificación para que sea leída por hombres auténticos.